EL TIO DE ALCALA

Juguete cómicolírico en un acto, con música del maestro MONTESINOS

Estrenado en el teatro Romea, de Madrid, la noche del 15 de abril de 1901

A LORETO PRADO

la primera actriz cómica del teatro español contemporáneo,

CARLOS ARNICHES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MANOLITA	Srta. Prado.
SEÑÁ TÁRSILA	Sra. Guerra.
EDUARDO	Sr. Chicote.
DON DIEGO	— Rodríguez (M.)
DON SIMÓN	— Molinero.
PACORRO (Niño)	Niña Rodríguez.

La acción, en Madrid.—Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

Interior de un cuarto modestísimo, de paredes blancas y techo aguardillado. Dos cuadros al cromo representan santos. Varias hojas de periódicos de modas, con figurines pegados en la pared. Al foro, una ventana practicable, que se supone da al tejado. Las puertas de esta ventana se abren hacia adentro. En el suelo y debajo de la ventana, varios tiestos. En la pared del frente, y hacia la izquierda de la ventana, una jaula con un canario; en el centro de la ventana habrá un gancho de alambre para colgar la jaula a su tiempo. En el foro derecha habrá una percha de hierro con dos ganchos, y en ella un sombrero pavero y un garrote lo más grueso posible. En las laterales derecha, en primer término, un paso a las habitaciones interiores; en segundo término, puerta vidriera practicable, con visillos blancos, que se supone da a una alcoba. En la lateral izquierda, en primer término, otra puerta practicable, que es la entrada del piso; tiene mirilla y cerradura practicables. El cuarto no tendrá más muebles que cuatro sillas de anea, una de las cuales será baja; una camillita en el centro, vestida, y en el ángulo que forma la habitación, a la izquierda, una máquina de coser; sobre ella un quinqué apagado, con pantalla de cartón, una botella con agua, un vaso y un frasco pequeño de árnica. A la izquierda y en el foro, un canasto de costura. A la derecha y entre las dos puertas, un espejo colgado en la pared. Un palanganero con jarro, un cubo, toalla, jabón, etcétera. Sobre la camilla, un cestito pequeño, que contiene varios carretes de hilos, alfiletero, metro, un trozo de tela blanca, etc. Una chaqueta de señora de las llamadas de saco, en prueba. Un acerico con bastantes alfileres, tijeras, etc. Al empezar la obra son las siete de la mañana. La escena debe estar completamente a oscuras.

ESCENA PRIMERA

SEÑÁ TÁRSILA, dentro, y luego, MANOLITA. La SEÑÁ TÁRSILA llama con los nudillos en la puerta del cuarto.

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Manolita!... Vamos, mujer, que se t'han pegao las sábanas..., ¡que son las siete! Arriba... *(Se oye dentro ruido de zorros sacudiendo la escalera. La Señá Társila canturrea.)*

—¿Adónde vas
con mantón de Manila?
¿Adónde vas
con vestido chiné?
—A lucirme
y a ver la verbena...

(Con grandes voces y con tono de coraje.) ¡Pero, señá Bruna, llame usté a este perro, caray! Anda, «Sagasta», anda pa tu casa, que lo estás ensuciando to... ¡rediez!... *(Sigue cantando y sacudiendo.)*

Y a meterme
en la cama otra vez!
—¿Y por qué
no has venido conmigo...,
yo que tanto...?

(Se va oyendo la voz cada vez más lejos, hasta que se pierde.)

MANOLITA.—*(Sale de la alcoba abrochándose la falda con el corsé puesto, pero en mangas de camisa, los brazos al aire, despeinada, como quien acaba de dejar perezosamente el lecho. Bosteza desperezándose. En el vestido, al lado izquierdo, lleva un fraile muy marcado.)* ¡Aaaah!... ¡Señores, pero qué requetebién se está en la cama!... Y eso..., eso que duermo en una cama pequeñita *(Con picardía.)*, de un cuerpo, que si yo durmiera en una cama de esas grandes, de matrimonio, vamos, en que puede una dar las vueltas que quiera sin caerse..., me tendría que levantar con despertador..., y la metá e los días lo paraba... *(Pau-*

sa.) Y, además, es que... hay noches que sueña una unas cosas tan conmovedoras, que da la mar de rabia despertarse. Esta noche he tenío yo un sueños de ésos... ¡Ay!..., pero me he despertao a la metá... ¡Y me ha dao un coraje, que he estao por dar media vuelta, subirme el embozo y volverme a dormir, a ver en qué paraba aquello! ¡Cuasi na! Un joven moreno y una barbaridad de simpático que me dijo que sacara los papeles, que se quería casar a escape... Yo, así de que le oí, quise darme tanta prisa, que de poco me caigo de la cama..., y..., ¡claro!, el susto me despertó... ¡Tendré mala pata!... Si duermo un minuto más, me levanto... ¡recién casá!... ¡Ay, pero está visto: no se puede una casar ni en sueños!... ¿Pero adónde tengo yo el corchete?... *(Buscándolo para abrocharse.)* Anda, y me he levantao con un fraile... ¡Mal día!... *(En este momento se oye a la Señá Társila canturrear lejos.)* ¡Calle! Debe ser tardísimo. ¡Como que la señá Társila está ya trajinando por la escalera!... *(Abre la ventana, inundándose de sol la habitación; dentro debe haber una linterna, cuyo rayo enfoque el cesto de la costura.)* ¡Anda!... ¡Hasta dónde llega el sol!... Hasta el cesto de la costura. Este parece decirme: «No seas holgazana, que mira el trabajo que tienes.» ¡Ya lo veo, ya! *(Dando un puntapié al cesto.)* ¡Chis, chis! *(Chisca, acariciando el canario.)* ¡Chis, rico! ¡No me regañes tú también, hombre, que ya sé que me he dormido!... La noche que te den a ti palabra de casamiento, veremos a qué hora te despiertas, ¡guasón!... ¡A cantar!... *(Cuelga la jaula en el marco de la ventana; repara en los tiestos que habrá al lado de la ventana.)* Y estas pobrecitas flores, ¡qué mustias!, parece que piden luz. *(Coloca los tiestos en el poyete de la ventana.)* ¡Hola! *(Como saludando y hablando con algún vecino.)* ¡Muy buenos días!... Me levanto de dormir, sí señor. ¿Qué? *(Riendo.)* ¡Ja, ja! ¡Claro que sola!... *(Aparte.)* ¡Qué bruto!... Vaya, que usted se alivie. *(Se retira de la ventana.)* ¡Ay!... *(Reparando en sí misma y cu-*

briéndose pudorosamente el escote con las manos.) ¡Calle!... ¡Dios mío, pero cómo estaba yo hablando con ese hombre! ¡Gracias a que es de Orden Público y no ve cuasi na!... *(Al pájaro.)* Te esponjas, ¿eh? Pues ahora verás tú yo... ¡Al agua!... *(Llena la palangana con agua del jarro.)* ¡Ay!... *(Revolviendo el agua con la mano.)* ¡Qué fresquita está! *(Chapuzándose la cara.)* ¡Aaah! ¡Qué hermosa! La verdad es que me doy unos refregones... Gracias a que tengo un cutis que no pierde. Se parece a los calcetines de caballero: negro inalterable. *(Secándose con la toalla.)* ¡No, pues no destiño!... Ahora que si yo fuera rica, me gastaría la renta en perfumería... Me explico que el ideal de la mujer sea un buen tocador...; pero, sí, sí... Esencia del Lozoya y colorete de refregón. Vaya *(Dejando la toalla.)*, nos acabaremos la «toilé». *(Mirándose al espejo.)* Estoy por peinarme a lo Merode. *(Se parte el pelo con un batidor.)* ¡Calle! *(Dejando el peine y mirándose al espejo con mucha atención.)* ¿Qué veo? ¡Dios mío, una cana! *(Sonriendo y con cómica gravedad.)* ¡La primera de la temporá! Dicen que una cana es un mal pensamiento... *(Se la arranca y la mira.)* ¿Pues qué mal pensamiento tuve yo ayer? *(Riéndose con malicia. Pausa.)* ¡Ah, sí!... Que estuve por estrangular al casero. Era primero de mes... Pues ya sé yo cuántas me van a salir al año..., doce..., y una adelantá y otra en fianza. Esta debe ser la del mes corriente. ¡Que vuele! *(La sopla.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Desde dentro y dando con los nudillos en la puerta.)* Manolita...

MANOLITA.—¿Es usté la señáÁrsila? *(Recogiéndose el pelo.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—Abre, mujer.

MANOLITA.—Aguarde usté, que estoy despidiendo a la peinadora. *(Se pone una chaqueta. Aparte.)* Esta tía viene a que le pruebe la chaqueta..., no he visto portera más presumida. *(Abre la puerta. Alto.)* ¡Adelante!

ESCENA II

DICHA y SEÑÁ TÁRSILA; lleva la cabeza envuelta en un pañuelo de colores, los zorros al hombro y la escoba en la mano.

SEÑÁ TÁRSILA.—Hola, chica; con tu permiso. *(Se sienta.)*

MANOLITA.—¿Está usté cansá?

SEÑÁ TÁRSILA.—Te digo, hija, que es una escalerita esta, que se estrena un traje para venir a verte, y si tardas en abrir, te la encuentras a una pasá de moda.

MANOLITA.—Como que aquí llegan tóos los figurines atrasaos..., y no lo digo por usté... Bien podía usté decirle al casero que bajase los cuartos...

SEÑÁ TÁRSILA.—Ya se lo dije ayer cuando bajaba de cobrar.

MANOLITA.—¿Y qué dijo?...

SEÑÁ TÁRSILA.—Que cómo iba a bajar los cuartos si no le habías pagao denguno. La verdad es que seis morosas...

MANOLITA.—¡Ay, es que ayer, señá Társila, me cogió a mí de dinero, pero que mu malamente!

SEÑÁ TÁRSILA.—¿No habías cambiao?...

MANOLITA.—No, señora; no había cambiao; estaba como el día antes: sin una peseta...

SEÑÁ TÁRSILA.—¿A ti sabes quién te cambiaría?... Un novio rico.

MANOLITA.—¡Ay, sí; pero tengo miedo!

SEÑÁ TÁRSILA.—¿De qué?

MANOLITA.—No sea que vaya a cambiar y me den la vuelta en «perros».

SEÑÁ TÁRSILA.—Bueno, y mudando de conversación, ¿me has cortao la chaqueta?

MANOLITA.—Anoche.

SEÑÁ TÁRSILA.—¿De Fígaro?

MANOLITA.—Sé la he cortao a mi gusto; ya verá usté qué bien.

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Ay, pues lo siento!

MANOLITA.—¿Por qué?

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Porque tengo una idea!

MANOLITA.—¿Cuála?

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Levantándose y con ridícula coquetería.)* Pues te lo voy a decir; que estoy por hacerme torera...

MANOLITA.—*(Pausa.)* ¡Señá Társila!... ¿Usté de torera?... ¿Pero ha pensao usté las consecuencias?

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Qué consecuencias?

MANOLITA.—Pues que iba usté a estar pa que la cogiese un toro.

SEÑÁ TÁRSILA.—Mujer...

MANOLITA.—Además, que a los años de usté ya no se puede ir de torera.

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Pues de qué se puede ir?...

MANOLITA.—De aficioná... ¡to lo más!...

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Pero qué exageradora! Cualesquiera que te oyese...

MANOLITA.—Usté tié cuerpo de saco...

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Cómo de saco?

MANOLITA.—De saco... a la inglesa..., holgadito..., tal y como yo se lo he cortao a usté; vamos a probarlo y verá usté canela; quítese usté eso...

SEÑÁ TÁRSILA.—Venga... *(Se quita la chaqueta, queda en cuerpo de camisa.)*

MANOLITA.—Meta usté. *(Le pone la chaqueta hilvanada.)* ¡Ajajá! Ni pintada... Un talle así es una gloria... Pero qué juncal... *(Ajustándosela.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—Ya sabes que a mí to me sienta bien.

MANOLITA.—Ya..., ya...; tié usté un estómago..., digo un cuerpo...

SEÑÁ TÁRSILA.—Oye, tú, ¿no me verán de enfrente? *(Asustada y poniéndose las manos en el pecho, mira hacia la ventana.)*

MANOLITA.—Como no la vea a usté el pájaro.

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Es macho?

MANOLITA.—Sí; pero está en la muda. Venga usté que la remeta de los costadillos. *(Se agacha y clava y desclava alfileres, rectificando los detalles.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—Chica, de aquí *(Señalando al pecho.)* me tira mucho.

MANOLITA.—Ya, ya...; pero es que, hija, tié usté un busto, que a usté le pasa lo que al tranvía, que no se para usté en las curvas.

SEÑÁ TÁRSILA.—No me lo recuerdes, chica, que bastante me azara. He oído en este mundo más barbaridades respective al asunto...

MANOLITA.—Lo creo.

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Hay cada tío!... Ya ves; ayer mismo tomé un coche para ir a la estación a recibir a mi cuñao; pues llego y me pide el cochero dos pesetas. «¿Cómo dos pesetas?», le dije yo. «Sí, señora; una peseta por usté y dos reales por ca bulto...»

MANOLITA.—¡Ja, ja!

SEÑÁ TÁRSILA.—Mira, le di una bofetá que le paré el contador...

MANOLITA.—Los hay descaraos. Esto queda al pelo...

SEÑÁ TÁRSILA.—Bueno; y digo yo, tú, ¿qué me pondría yo por too alrededor que me adornara?

MANOLITA.—¡Una verja!... Porque hay que ver el perímetro.

SEÑÁ TÁRSILA.—Vamos, no seas guasona y trae el espejo pa verme por detrás.

MANOLITA.—Mírese usté. Na, que parece usté un figurín iluminao. *(Colocando el espejo para que se vea.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Se vuelve de espaldas y se mira, volviendo la cabeza.)* ¡Pero si no me veo! ¡Qué luna tan turbia!... Bájalo un poco.

MANOLITA.—Misté que si lo bajo va usté a ver na más la luna llena..., llena de usté.

SEÑÁ TÁRSILA.—Trae, trae... *(Le quita el espejo y lo pone en una silla.)*

MANOLITA.—Bueno, pues mientras usté se mira, voy a encender el infiernillo pa calentarme el café, que estoy en ayunas.

SEÑÁ TÁRSILA.—Pues, hala, no tardes, que tengo prisa. *(Manolita vase primera derecha.)*

ESCENA III

SEÑÁ TÁRSILA y EDUARDO

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Con coquetería, y sacando las caderas y ajustándose y mirándose al espejo.)* La verdad es que, como talle, no es porque esté yo delante, pero es una calcomanía. Lo que tiene es que no me gusta a mí cimbrearlo como otras. Pero el día que yo me decida y diga ahí va balanceo... Me río yo de una mecedora. *(Se contonea.)*

EDUARDO.—*(Entreabriendo la puerta izquierda y asomándose. Esta escena deberá hacerse a media voz.)* ¡Ele!

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Asustada.)* ¿Quién?

EDUARDO.—Soy yo, señá Társila. *(Sin entrar y asomando la cabeza.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Con sorpresa.)* ¡Huy, huy! *(Con rubor y cubriéndose el escote de la chaqueta.)* Pero, ¿es usted?

EDUARDO.—Sí, señora; yo, que ya no puedo más...

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Ay; pero, por Dios, hijo, qué atrevimiento! No pase usté, que estoy de prueba. ¿No me ve usté?

EDUARDO.—Sí; pero es que estoy decidido a las mayores barbaridades...

SEÑÁ TÁRSILA.—Además, que pué salir...

EDUARDO.—¿Le ha hablado usté de mí?

SEÑÁ TÁRSILA.—Todavía no; pero ande usté a la portería, recondenao, y espéreme usté allí, que me va usté a comprometer.

EDUARDO.—¡Por Dios, señá Társila, dígale usté que sin ella no vivo, que ella es mi dicha, mi anhelo, mi..., y si logra usté interesarla cuente usté con los cuarenta reales...

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Quitándose las manos del pecho y yendo decidida a él.)* Oiga usté, ¿pero no habíamos quedao en que cincuenta?

EDUARDO.—Habíamos quedao en que cincuenta..., en que cincuenta era mucho...

SEÑÁ TÁRSILA.—No, pues por menos no lo hago, hay que pelear en gordo..., porque usté no sabe quién es la interesada.

EDUARDO.—¡Chis! *(Llamándola.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Qué?

EDUARDO.—Que la interesada es usté, que no rebaja ni un céntimo... Pero, en fin, si usté logra que me quiera, nada. *(Mira rápidamente a la escalera.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Cómo nada?

EDUARDO.—Nada usté en la abundancia... Es que creí que subían.

SEÑÁ TÁRSILA.—Vaya, vaya; ande usté, no sea que salga...

EDUARDO.—Bueno; pero dígaselo usté todo, ¿eh?... Que estoy en buena posición..., que estudio Derecho..., que vivo con mi tío...; que estoy colocado en Correos...

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Váyase usté, hombre! *(Intentando cerrar la puerta.)*

EDUARDO.—Que me llamo Eduardo, y que tengo un... cu...

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Arre, hombre! *(Cierra la puerta.)*

EDUARDO.—*(Volviendo a abrirla.)* Un cuñado que es teniente alcalde... No vaya usté a decirle otra cosa...

SEÑÁ TÁRSILA.—Bueno, bueno... Espere usté abajo, que sale. *(Cierra la puerta.)*

ESCENA IV

DICHA y MANOLITA, que sale por la primera derecha con un tazón de café y medio panecillo.

SEÑÁ TÁRSILA.—Pues na, chica, yo creo que no se me ven arrugas.

MANOLITA.—Las de la cara na más... *(Deja el panecillo y el tazón sobre la mesa.)*

SEÑÁ TÁRSILA.—Me quitaré la chaqueta. *(Se la quita.)*

MANOLITA.—Quítesela usté, que ya lo tengo tóo señalao, y a la noche se la volveré a usté a probar.

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Se pone la suya y se dirige con la chaqueta de prueba a la percha, donde están colocados el sombrero y el garrote.)* ¿Lo cuelgo aquí?

MANOLITA.—*(Con viveza e interés.)* ¡No; ahí no!

SEÑÁ TÁRSILA.—Quitaré el sombrero y el garrote.

MANOLITA.—No, por Dios... *(Deteniéndola.)* ¿Qué va usté a hacer?

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Pero todavía sigues con esas tonterías?

MANOLITA.—¿Tonterías? Deje usté eso donde está. ¡Eso es sagrao! *(Cogiéndola de la mano y dando a sus frases una importancia exagerada picarescamente.)* ¿Usté sabe lo que son pa mí ese sombrero y ese garrote colgados en esa percha?

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Qué son?

MANOLITA.—Pues lo son too, señáÁrsila. Son mi defensa, mi sombra, mi sosiego... Ellos me acompañan, me protegen, me guardan.

SEÑÁ TÁRSILA.—Pero, vamos a ver, ¿pa qué tiés colgao eso ahí? Dime la verdad.

MANOLITA.—¿La verdad?... Pues óigala usté; pa usté no tengo secretos. Usté, que tié experiencia, sabe los peligros que amenazan a una mujer que vive sola, que es pobre, joven y...

SEÑÁ TÁRSILA.—Y con ángel, como nosotras.

MANOLITA.—Esos peligros a mí no me han dejao vivir; a esta casa no ha venío hombre, joven o viejo, que no se me atreviera, y eso que a todo les pongo cara de vinagre.

SEÑÁ TÁRSILA.—Pero como los hay más frescos que una lechuga, claro, les pones vinagre...

MANOLITA.—Y la toman a usté por una ensalá...

SEÑÁ TÁRSILA.—Lo que a mí me pasa.

MANOLITA.—Pues bien, me dije yo: aquí me hace falta la sombra de un hombre pa vivir segura y tranquila. ¿Qué haría yo?, pensé. Y en esto vino mi tío Casiano, el que vive en Alcalá, a pasar conmigo las fiestas de San Isidro; se compró el día que se fué un sombrero nuevo y me dejó aquí ése, ése, que me libró él solo de que se me propasase un granuja que vino a verme y que se contuvo por miedo a que el amo del sombrero estuviera escondido en alguna habitación... Aquello me dió la idea..., colgué el sombrero en esa percha, compré por dos pesetas ese garrote, hecho a la medida, pa completar el espantapájaros, y desde entonces, que a todo hombre que pisa esta casa le hago creer que vivo con mi tío y que mi tío está ahí, descansando, echao en la alcoba; y como por el grosor del garrote calculan las visitas que mi tío es un tío con toa la barba, pues desde que se me ocurrió esta estratagema, que estoy más segura que si me hubieran puesto una tapia con vidrios.

SEÑÁ TÁRSILA.—*(Riéndose.)* ¡Eres el demonio!... ¿Sabes que la cosa tié gracia?

MANOLITA.—¡Ay! De lo que me he convencido es de lo útil que es un hombre, señáÁrsila.

SEÑÁ TÁRSILA.—No lo sabes tú bien, hija. Ya ves, los atrebutos na más tranquilizan; ¡conque figúrate tú el completo!... Ahora, que los encontrarás tan atrevidos, que pa algunos...

MANOLITA.—Voy a tener que poner una bastonería, ya lo sé.

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Y sabes tú quién me figuro yo que será de esos?

MANOLITA.—¿Quién?

SEÑÁ TÁRSILA.—El pollito ese de enfrente...; ese, ese que te anda ahora...

MANOLITA.—¡Ah, sí! Ese chico moreno... Eduardo.

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Justo! Ahora que ese está loco por ti.

MANOLITA.—No haga usté caso... Yo ni me he fijao.

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Embustera!

MANOLITA.—¡Palabra!

SEÑÁ TÁRSILA.—Ese..., ése te gusta a ti...

MANOLITA.—No...

SEÑÁ TÁRSILA.—No mientas...

MANOLITA.—Digo que no... No es que me disguste... Me se ha arrimao..., me ha dicho tonterías..., y yo le he oído como la que oye llover...

SEÑÁ TÁRSILA.—Y le gusta mojarse.

MANOLITA.—No tanto...

SEÑÁ TÁRSILA.—¿Y a ése, si subiera..., le... le darías garrote también?

MANOLITA.—Más que a los otros..., porque a los otros cuasi me basto yo sola para echarlos..., y para echar a ése..., ¡ay!, me tendría que ayudar el garrote...

SEÑÁ TÁRSILA.—Vamos, dilo claro, que... *(Con picardía.)*

MANOLITA.—Bueno, pero usté no le deje subir, ¿eh?

SEÑÁ TÁRSILA.—Yo no le dejaré; ahora que a lo mejor se distrae una por cincuenta rea..., digo por cincuenta cosas...

MANOLITA.—Y no le diga usté que lo de mi tío es mentira...

SEÑÁ TÁRSILA.—No tengas cuidado. *(Aparte.)* En cuanto me dé los cincuenta reales. *(Alto.)* ¡No faltaba más! Ahora que un consejo sí te voy a dar. A too el que suba con mal fin, dale garrote; pero si viene uno por lo derecho..., cadena perpetua. Es bastante... Hasta luego.

MANOLITA.—¡Adiós, fiscala!

SEÑÁ TÁRSILA.—¡Adiós, rea! *(Recoge la escoba y los zorros. Aparte.)* Yo en cuanto me dé la guita, le digo que suba y que no sea primo. *(Vase.)*

ESCENA V

MANOLITA, sola.

MANOLITA.—Puede que tenga razón. Pero no. ¡Fuerza de voluntad, Manolita! No quites esto, esto que es pa mí la salvaguardia. Que es pa mí como una reliquia. *(Coge el bastón.)*

Música.

Tú eres quien me ampara,
tú eres quien me auxilia,
tú eres en el mundo
toda mi familia.
Si corre peligro
mi reputación,
sálvame, ¡oh garrote!,
de la tentación.
Ven aquí a mis brazos,
dulce compañero;
ven, mi garrotito,
ven, por Dios, aquí;
to te apartes nunca.
de mi lado;
tú eres en el mundo
mi mejor guardia civil.
Si algún atrevido
quiere propasarse,
yo supongo, rico,
que me ampararás;
mira que los hombres
todos son muy tunos,
(Recitado.)
¡y qué hatajo de sinvergüenzas!,
(Cantado.)
y hay que andar con ellos
a patás
Dime tú, monín,

dime la verdad,
cuando llegue el caso,
¿me defenderás?
Di qué vas a hacer,
dilo, picarón
¿Que sí?
¡Pobrecito, pobrecito
garrotito!
¡Huy!
(Lo besa.)
Tú eres mi única ilusión.
Si algún viejo verde
o un sietemesino,
o uno de consumos
me hace a mí el amor,
no consientas nunca
que me digan
frases que resulten
ofensivas al pudor.
Y si alguno de ellos,
al verme tan sola,
creyese que puede
abusar de mí,
tú usas de tus fuerzas,
y le das entonces,
(Recitado.)
¡pero sin compasión ninguna!,
(Cantado.)
un cachiporrazo
en la nariz.
Dime la verdad,
dilo, por favor,
que eres aún más fuerte
que el gobernador.
Dilo picarón.
¿Me defenderás?
¿Que sí?
¡Pobrecito, pobrecito
garrotito!
¡Huy!
(Lo besa.)

Cuántos palos vas a dar.
Yo confío en que
me defenderás.

ESCENA VI

MANOLITA; luego, DON SIMÓN, por la puerta izquierda.

Hablado.

MANOLITA.—¡Ay Dios mío! Pero no sé por qué hoy no estoy tranquila. Me ha dicho la señáÁrsila que ese Eduardo es muy atrevido, y que quizá suba... ¿Se atreverá? Tengo miedo... Porque es... que, pensando en él..., la verdad..., parece que se me achica el sombrero y que adelgaza el garrote... ¿Por qué habrá hombres simpáticos?... ¡Maldita sea!... *(Llaman a la puerta.)* ¡Ay, llaman!... ¿Será él?... Voy a poner mi tío en su sitio. *(Coloca el sombrero y el bastón en la percha.)* ¿Se habrá atrevido?... ¿Le abro u no le abro?... No..., no debo abrir...; aunque después de too, si viniera con buena intención..., por oírle no se perdía nada... Pero no..., y eso que si... Hay que ser enérgica...; me alegraría que fuera el, na más que por tener el gusto de echarlo. *(Vuelve a llamar.)* ¡Debe ser él!... ¡Ay!... ¿Quién?

DON SIMÓN.—Soy yo *(Dentro.)*

MANOLITA.—*(Con tristeza y desaliento, dejándose caer en una silla. Aparte.)* ¡El casero! Y me pilla como ayer, sin haber cambiao... Le daremos coba. *(Alto.)* ¿Es usté?...

DON SIMÓN.—*(Dentro.)* Abre, Manolita. *(Manolita abre.)*

MANOLITA.—Pase usté, don Simón, pase usté y dispense que haiga tardao; pero...

DON SIMÓN.—No hay de qué, hija, ¡no faltaba

más! Lo que sí haré, si me permites, es sentarme un poquito, porque esta escalera...

MANOLITA.—Ay, ¿pero se cansa usté?... ¡Parece mentira, un hombre tan ágil! *(Se sienta al lado de Don Simón.)*

DON SIMÓN.—No, no es que me canse precisamente; si no que... Bueno, pues yo venía a... *(Saca un puñado de recibos.)*

MANOLITA.—Y qué, ¿ha visto usté qué tiempo tan hermosísimo está haciendo, don Simón?

DON SIMÓN.—¡Ya..., ya!... *(Hojeando los recibos.)*

MANOLITA.—Hace lo que se dice calor.

DON SIMÓN.—Pues yo traía...

MANOLITA.—La familia buena, ¿eh?

DON SIMÓN.—Muy buena, gracias; yo he sido que he estado algo delicaducho; pero... Buen pues... *(Hojeando recibos.)* Segundo, tercero...

MANOLITA.—¡Ay! ¿Pero qué ha tenido usté? N pues no se le conoce a usté na... al contrario.. yo le encuentro a usté tan... tan guapo, tan co rao... Si pa usté no pasan años... Cada día m joven, más fuerte. No es usté como otros cas ros, que se les ve talmente lo que se dice baj por momentos; usté es al revés: usté cada día su biendo, subiendo...

DON SIMÓN.—El recibito... *(Entregándoselo, después de hallarlo entre los que lleva.)*

MANOLITA.—Subiendo al recibito... *(Lo coge.)* Si..., ya, ya... ¡Ay, pero qué pena, don Simón!... ¡Otro mes! ¡Cómo pasa el tiempo!, ¡qué barbaridad!... ¿Y qué, ha cobrao usté muchos?

DON SIMÓN.—Ni uno..., he entrado en todos los cuartos...; pues mira los bolsillos...

MANOLITA.—¡Ni un cuarto!

DON SIMÓN.—Nadie me ha pagao...

MANOLITA.—¡Pero qué poquísima vergüenza! ¡Mira que no pagarle al pobre hombre!... Le digo a usté que hay vecinas que tienen un cuajo...; ¿y si es menester le harán a usté volver la mar de veces?

DON SIMÓN.—¿Que si me hacen volver?... Como

que hay recibito de estos que si le dejo en la escalera sube solo...

MANOLITA.—Y no cobra.

DON SIMÓN.—De seguro.

MANOLITA.—No sirve amaestrarlos... Usté para no cansarse debía tener quien le cobrara.

DON SIMÓN.—No; lo que yo debía tener es quien me pagara.

MANOLITA.—También es verdad. Pues nada, yo..., yo... voy a pagarle a usté en seguida...

DON SIMÓN.—Me alegro, porque...

MANOLITA.—En seguida que pueda, digo..., porque me pilla usté hoy que..., ¡ay! Mejor dicho, que no hay... Pero vamos..., no ponga usté esa cara de enfado..., que no me gusta usté serio...; ríase usté... *(Le da con el recibo en la cara.)*

DON SIMÓN.—Mujer, si te parece que... *(Sonriendo.)* ¡Que me haces cosquillas! *(Da también en la cara a Manolita con los recibos.)*

MANOLITA.—¡Así..., jovial!... Dentro de ocho días viene usté, cobra... y así tengo el gusto de que nos volvamos a ver...

DON SIMÓN.—*(Le da con el recibo en la cara.)* ¡Embustera! ¿Pero tú quieres verme a mí?

MANOLITA.—Por mi salú que sí. *(Con zalamería.)*

DON SIMÓN.—No lo creo, tunantuela. *(Le coge la mano.)*

MANOLITA.—Que no lo cree usté... Como que... *(Separándose.)* Como que si sigue usté así... subiendo..., le voy a usté a echar..., a echar de menos...

DON SIMÓN.—Vamos a ver... *(Aparte.)* Se lo digo. *(Acercándose. Alto.)* Ven acá y no seas arisca... ¿Quieres oírme cuatro palabritas?

MANOLITA.—*(Acercándose.)* Y cuatro mil... Guárdese usté eso... *(Metiéndole en el bolsillo el recibo.)* Me da a mí más gusto hablar con usté sin recibo...

DON SIMÓN.—¡Zalamera! *(Intenta abrazarla.)*

MANOLITA.—*(Retirándose e imponiéndole silencio.)* ¡Chis!... Aguarde usté, que está ahí mi tío durmiendo y me parece que... *(Queda atenta.)*

DON SIMÓN.—*(Toda esta escena a media voz.)* ¡Ah!, ¿pero está tu tío?

MANOLITA.—Sí, señor; ¿no ve usté el sombrero y el bastón? *(Se levanta y escucha en la alcoba.)*

DON SIMÓN.—*(Reparando en ellos.)* ¡Es verdad!

MANOLITA.—*(Vuelve de puntillas y se sienta.)* Pero no tenga usté cuidado; está roncando. Hable usté bajito... ¿Qué quiere usté decirme?

DON SIMÓN.—¿Que qué quiero decirte? ¡Pues que eres una tonta!

MANOLITA.—*(Con pena.)* ¿Sí, verdad?

DON SIMÓN.—Y que siendo tan requetebonita no debías pasar apuros.

MANOLITA.—*(Con pena.)* ¿No, verdad?

DON SIMÓN.—Vamos a ver. ¿Te gustaría a ti vivir en el bajo derecha? *(Todo esto en voz muy baja.)*

MANOLITA.—Es muy oscuro.

DON SIMÓN.—Te lo amueblaría como un palacio.

MANOLITA.—¿Quién?

DON SIMÓN.—Gente de paz.

MANOLITA.—No están en casa.

DON SIMÓN.—¿Qué?

MANOLITA.—Que vaya un guasón que está usté hecho.

DON SIMÓN.—¡Por mi salud! Y tendrías alhajas, sombreros, trajes...; estrenarías un traje cada semana.

MANOLITA.—Sí; pero no adelantaría na.

DON SIMÓN.—¿Por qué?

MANOLITA.—Porque siempre podrían decir que iba vestida de viejo.

DON SIMÓN.—¿Cómo de viejo?... Te llevaría como una reina pa que lucieras ese cuerpo serrano que es la causa de mis fatigas...

MANOLITA.—¿No lo confundirá usté con el asma?

DON SIMÓN.—Y esos ojos gitanos, y esa boquita dulce... que... *(Levantándose.)*

MANOLITA.—*(Sentándole.)* ¡Goloso!

DON SIMÓN.—¡Ay, rica mía! Me tienes más loco que una espuerta... *(La abraza.)*

MANOLITA.—*(Levantándose asustada.)* ¡Chis!... *(Queda atenta.)*

DON SIMÓN.—¿Se ha despertao?

MANOLITA.—Creo que sí... *(Va a la puerta de puntillas. Aparte.)* Le doy la lata. *(Alto.)* Chis..., despierto..., y como es tan bruto, que... *(Señala el garrote.)* no quiero que... *(Acción de pegar.)* Venga usté, no se asome y lo vea...

DON SIMÓN.—Sí; pero... *(Levantándose.)*

MANOLITA.—¡Chis... *(Le coge de la mano.)*, de puntillas! *(Al empezar a andar tropieza con una silla y le lleva a la puerta de la alcoba y quedan escuchando.)*

DON SIMÓN.—¡No oigo nada!

MANOLITA.—¡Chis! *(Le entra en la primera derecha.)* Aguarde usté aquí. *(Vuelve ella a la alcoba, atiende y coge a Don Simón de la mano, haciéndole andar de puntillas, y lo sienta en la silla.)* Estaba usté en la espuerta, siga usted.

DON SIMÓN.—¿Pero no ha despertado?

MANOLITA.—Ronca... ¿Qué más?

DON SIMÓN.—Pues nada, rica; que a ti lo que te conviene... es un hombre como yo..., cuando se vaya tu tío..., porque tú eres lo que yo he tomado siempre más a gusto... Una Manolita... Un cochecito de verano, como quien dice, fresco, abierto, descaradillo, para pasear por esas calles la alegría y el amor... Y yo sería para ti un simón...

MANOLITA.—Sí; pero es que usté es un simón que ya va de relevo.

DON SIMÓN.—No te negaré que voy ya camino de la cochera; pero aún te llevo donde te dé la gana...

MANOLITA.—No llegaríamos nunca... Además, que yo en cuestión de vehículos, o coche de mi propiedad, o a pie. No quiero dar tumbos.

DON SIMÓN.—¡No seas tonta! ¡Hazme caso y ya verás!..., ¡preciosa!..., ¡gitanaza!... *(Vuelve a abrazarla.)*

MANOLITA.—¡Chis! *(Separándose.)*, ¡mi tío!... *(Se acerca a la alcoba y hace signos afirmativos y figura hablar con alguien que hay dentro.)* ¿Qué?

¿Quiere usted el desayuno?... Bueno... Voy en seguida.

DON SIMÓN.—¡Qué!, ¿se ha despertado?

MANOLITA.—¡Chis!, sí, bajito.

DON SIMÓN.—Después de todo, ¿qué importa?

MANOLITA.—¡Ay, no diga usté eso, por Dios! ¡Pues bonito es el hombre!... ¿Ve usté las cuatro bromas que me ha gastao usté?... ¡Pues si las oye, un disgusto horrible!...

DON SIMÓN.—¿Tiene mal genio?

MANOLITA.—¡Una fiera! El año pasao, un señor de cierta edad, mi tío les tiene mucha rabia a los viejos, que por cierto era muy simpático, así como usté, pues me estaba gastando una broma, y lo oye él, y va y se levanta, y ¿ve usté ese garrote?, pues uno mucho más gordo se lo rompió encima.

DON SIMÓN.—Vaya, pues hasta otro ratito. *(Le da la mano.)*

MANOLITA.—Pero no tenga usté prisa.

DON SIMÓN.—No; si es que tengo mucho que hacer; ya volveré, ya volveré; ¿y era más gordo que ése?

MANOLITA.—Más...

DON SIMÓN.—¿Se iría con la cara destrozada?

MANOLITA.—Como que tuve que mandarle las narices con un chico del Continental.

DON SIMÓN.—¡Qué bestia! *(Abre la puerta de la izquierda.)* Pues anda, dale el desayuno no se levante, y cuando se vaya, me avisas y...

MANOLITA.—No tenga usté cuidado...

DON SIMÓN.—*(Besándole la mano.)* ¡Salada!... ¡Rica!... ¡Gloria!...

MANOLITA.—¡Que sale! *(Empujándole.)*

DON SIMÓN.—¡Cuerno! *(Vase precipitadamente.)* ¡Demonio! ¡Horror!

MANOLITA.—*(Cerrando de un portazo.)* ¡No, no por Dios, tío, no! ¡No le mate usté! *(Con voz suplicante, fingiendo que contiene a su tío.)* ¡No! *(Fingiendo ella misma la voz de hombre.)* ¡Lo parto! ¡Canalla! ¡Como vuelva a cobrar lo mato! No, no por Dios...; no volverá... *(Voz de hombre.)* ¡So casero! *(Durante este diálogo figurado, Mano-*

lita ha cogido la estaca y golpea con ella en la puerta furiosamente; al decir la última frase, queda escuchando.) ¡Se mata! ¡Va como alma que lleva el diablo! ¡Ja, ja! ¡So viejo verde! ¡Vuelve por otra!... *(Mirando al garrote.)* Qué susto le hemos dado, ¿eh? *(Poniéndose el sombrero y enarbolando la estaca.)* ¿Quién me tose a mí con mi tío? *(Haciendo un desplante.)* ¡Ele por los tíos simpáticos! *(Queda riéndose.)*

ESCENA VII

MANOLITA y PACORRO, por la izquierda.

PACORRO.—*(Asomándose a la puerta.)* ¡Manolita!

MANOLITA.—Hola, pasa, Pacorro, pasa.

PACORRO.—¿Qué haces con el tío en la mano?

MANOLITA.—Para el casero, ¡por malo!

PACORRO.—Pos mi padre también lo tiene preparado por si va.

MANOLITA.—*(Deja colgado el bastón y el sombrero en la percha.)* Vamos a ver, ¿qué tunarra me quiere a mí? *(Abriendo los brazos.)*

PACORRO.—¡Pacorro! *(Salta a ellos y besándola.)*

MANOLITA.—Parece mentira que estos bichos tan monos, en cuanto les sale el bigote se hagan tan dañinos.

PACORRO.—¿Me das la galleta de toos los días?

MANOLITA.—No he bajado aún a la tienda. Pero dime una cosa, si no, no te la traigo...: ¿con quién te vas a casar tú?

PACORRO.—¡Contigo!

MANOLITA.—¿Te gusto yo?

PACORRO.—Más que el casero.

MANOLITA.—Pues fíjate bien en mi cara. ¿Qué es lo que más te gusta de mí?

PACORRO.—Las galletas.

MANOLITA.—Si no digo eso, tonto. Oye bien *(Aparte.)* Estos chicos siempre dicen la verdad. *(Alto.)* ¿Qué soy yo, guapa o fea?..., sin mentiras.

PACORRO.—¡Fea!

MANOLITA.—*(Bajándolo.)* Anda, anda, anda a casa, que me estás entreteniendo... Los hay que mienten desde pequeños...

PACORRO.—¡No me voy, hala!... No te enfades. Si lo de fea lo he dicho por mi agüela...

MANOLITA.—¡Pero qué resalao!...

PACORRO.—¡Hazme el caballito, anda!...

MANOLITA.—¿Y dónde quieres que te lleve?

PACORRO.—Por galletas.

Música.

MANOLITA.—*(Montando a Pacorro en sus rodillas.)*

Arre, caballito,
que vamos a Belén,
que mañana es fiesta
y al otro también.

LOS DOS.

Arre, caballito,
que vamos a Belén,
que mañana es fiesta
y al otro también.
¡Arre, arre, arre!

PACORRO.

Lléveme usté al trote.

LOS DOS.

¡Arre, arre, arre!

PACORRO.

Lléveme al galope,
de prisa, de prisa.
¡Ia, ia, ia!

MANOLITA.

Déjame, chiquillo,
que no puedo más.

Hablado.

Vamos a ver, muñeco. ¿Tú qué vas a ser?
PACORRO.—¿Yo? Monaguillo.
MANOLITA.—¿Monaguillo?

Cantado.

¿Que monaguillo dices?
¡Qué tonto de chiquillo!
Si no hay peor carrera
que la de monaguillo. .
Andar todo el día
con el esquilón,
tilín, tilón,
tilín, tilón,
tratando con viejas
sin educación,
tilín, tilón,
tilín, tilón.

Hablado.

PACORRO.—Sí; pero se ganan cuartos.
MANOLITA.—Qué se han de ganar, hombre.

Cantado.

Será mucho mejor
que seas militar,
y a golpe de tambor
salir a pelear.
Fuego en el enemigo,
carguen de frente,
doble derecha, marchen;
anda, valiente,
a ver si se distingue
tu batallón,
mientras allá a lo lejos
truena el cañón,
pom,
tarará, tarará,

Hablado.

PACORRO.—Eso me gusta, eso.
MANOLITA.—¡A defender esa guerrilla! ¡Fuego!
PACORRO.—¡Pom!
LOS DOS.—¡Tarará, tarará!

Cantado.

O te pones el traje de luces
y derecho hacia el toro te vas;
quitarse todos,
echarse atrás.

Hablado.

PACORRO.—Eso, eso, torero; yo quiero ser torero.
MANOLITA.—¿Qué has de ser tú torero? Si no sabes.
PACORRO.—¡Anda que no sé, si soy el «Algabeño»!...
MANOLITA.—Qué has de ser tú torero: vas a ver lo que es canela.

Cantado.

Sale el toro del toril
y le largas un recorte
que le dejas atontao.
¡Eh, toro!
y después, con gran valor,
dos verónicas le largas
y te quedas muy parao.
Que en seguida va el bichejo
a buscar los picadores,
y si el toro sale bravo
varas toma sin parar:
cuando ya ha tomado algunas
cambia el tercio el presidente,
y después de banderillas
es la suerte de matar.

Hablado.

Coges los trastos y te vas al presidente y le dices...

PACORRO.—Anda, si lo sé; verás.
Brindo por usía,
por toda la compañía
y que yo mato a ese toro
o me da una pulmonía.

MANOLITA.—Olé los niños bonitos.

PACORRO.—Yo soy el toro, verás.

MANOLITA.—Venga.

Cantado.

Empiezas, si el toro lo exige,
con uno cambiao,
anda,
ten cuidado, chico,
quieto,
que te me has colao.
Le largas un pase de pecho
y otro natural, ¡zas!
y si el toro cuadra
hay que aprovechar,
y en seguida le tumbas de bruces
del primer volapié que le das.
Llévanse al toro
los mulilleros,
el diestro en tanto
coge sombreros,
palmas, tabacos,
¡olé que sí!,
y que viva mil años su madre,
¡arza!,
venga de ahí.
Es más divertida
esta profesión
que tratar con viejas
sin educación.

Hablado.

¿Quién te quiere a ti, salao? Dilo.

PACORRO.—Tú.

MONOLITA.—Yo, ¡hay qué rico!

Cantado.

¡Qué gran diversión!

Hablado.

MANOLITA.—De modo que en qué quedamos: ¿qué vas a ser, banderillero o picador?

PACORRO.—Las dos cosas, porque yo seré el «Pulga».

MANOLITA.—¿Y qué?

PACORRO.—Que dice mi agüela que siendo el «Pulga» puedo poner banderillas por la tarde y picar por la noche.

MANOLITA.—No está mal... Pues aguarda, voy a echarme la toquilla pa bajar a la carnicería por unos filetes y te dejaré en tu casa. *(Se pone la toquilla.)* Anda, vamos...

PACORRO.—¿Me subirás las galletas?

MANOLITA.—Un puñao así.

PACORRO.—¿Un puñao así? *(Juntando las manos.)*

MANOLITA.—Sí.

PACORRO.—¡Ca día estás más guapa!

MANOLITA.—Pasa, «Pulga», pasa.

PACORRO.—Vamos a los toros... *(Vase terciándose el delantal.)*

MANOLITA.—¡Ele los toreros! *(Sale riendo detrás del niño y cierra la puerta.)*

ESCENA VIII

DON DIEGO. A poco de salir MANOLITA aparece por la ventana de la guardilla la cara azorada y descompuesta de DON DIEGO, que se asoma con terror, recorre con la vista el interior de la habitación, y al ver que no hay nadie salta dentro. Revela su cara el pánico y la angustia, y su traje sucio y descompuesto, el desorden de una fuga precipitada.

DON DIEGO.—*(Después de saltar, mirando en torno suyo.)* ¡Nadie!... ¡Dios mío!... ¿Dónde me habré metido? ¡Cuerno, qué garrote!... *(Reparando en él.)* ¡Lagarto! ¡Lagarto!... ¡Vaya un tío el que debe vivir aquí! Pero nada, arrostraré lo que sea. Todo menos dejar la pelleja en el tejado. ¡Ay, si me descuido!... ¡Virgen santa, qué aventura más horrorosa la que acaba de ocurrirme! ¡No lo quiero ni pensar!... Y todo por tener Fe, por tener Fe un marido como el que tiene... ¡Qué bruto! Pues nada, la cosa ha sido que yo soy casado, la verdad, y tengo mujer..., y tengo un sobrino... y tengo una planchadora..., ¡pero qué planchadora!..., ¡el desmigue! Bonita, no es bonita. Se llama Fe; le falta un poquirritito para fea...; ¡pero qué ojos!..., dos lámparas de veinticinco... con tulipa. ¿Pues y el resto de la instalación? La mira uno el busto, y arco voltaico... Se sigue en declive, ¡y eche usté bujías! Ahora que al menor contacto arrea unas bofetadas, que tiene unas manos que parecen aisladores... Bueno, pues esta chica hace un mes que me plancha... La vi, me encantó y me insinué..., y ella me sonrió; pero como sonríe a todos, no singularmente, como yo quería... Y a todo esto yo empecé a quitarme una camisa y ponerme otra, para favorecerla en su trabajo y con el fin de que ella se fijara en aquel sacrificio que hacía yo en camisas y me correspondiera de un modo singular... Total, que loco yo y sin poder más, me levanto esta mañana y me voy a su casa

decidido a todo... Cuando subía la escalera estuve por volverme, porque me dije: no sea que me tire una plancha... Y efectivamente, cuando estaba yo más amartelado declarándome en toda regla y diciéndola: «Si tú me quieres, ¿quién más feliz que yo?» «¿Quién? ¡Gente de paz!», dice el marido llamando a la puerta. «¡Mato al que sea!», gritaba... Yo me volví loco... La planchadora empezó a gritar: «¡Me ha comprometido!» Y el otro, que oye las voces, da una patada, abre la puerta, se lanza sobre mí, me tira el almidón y coge una plancha... Yo dije: «Este tío me va a sacar brillo...» Y, con efecto, me rompió el omoplato. Espantado de horror al verle empuñar una navaja, y mientras Fe le sujetaba, salto por la ventana al tejado, huyo al fin libre de aquel energúmeno y dando tumbos tropecé con un poste telefónico, me enredo en un hilo, me hago un ovillo, me desenredo, tumbo una chimenea, piso a un gato, veo una ventana abierta... y aquí estoy... Aquí estoy expuesto a otro conflicto mayor. ¡Dios mío! Por algo decía yo que me iba a tirar una plancha!... ¡Me duele que rabio! *(Se oyen voces en la escalera.)* ¡Cáscaras! ¡Se oyen voces en la escalera! ¡Alguien va a entrar! Yo me oculto aquí, y según quien sea pensaré la forma de presentarme y ofrecer mis disculpas. ¡Dios mío, que no sea el tío del garrote! *(Vase segunda derecha. Se oyen más cerca las voces y el ruido de una llave que hace girar la cerradura.)*

ESCENA IX

MANOLITA y EDUARDO.

MANOLITA.—¡No, por Dios!... ¡De ninguna manera! ¡Pero qué atrevimiento! ¡Retírese usted he dicho! *(Dice todo esto entrando y queriendo cerrar la puerta tras sí, cosa que impide a Eduardo que la siga.)*

EDUARDO.—Señorita, por Dios, permita usted un momento dos palabras.

MANOLITA.—¡He dicho que no, caballero! ¡Basta! *(Cierra, haciendo un esfuerzo.)*

EDUARDO.—*(Dentro.)* ¡Señorita, que me ha cogido usted el chaqué! ¡Que se me ha quedado el faldón sujeto con la puerta!

MANOLITA.—¡Ay, es verdad!

EDUARDO.—¡Señorita, el faldón! ¡Suélteme usted el faldón!

MANOLITA.—¡Váyase usted sin él!

EDUARDO.—¡Señorita..., que voy a estar muy raro sin el faldón! ¡Abra usted, por Dios!

MANOLITA.—¡Y no hay más remedio que abrir! Bueno, pero haga el favor de marcharse. *(Abre.)*

EDUARDO.—*(Aprovechando al ver la puerta abierta.)* Pero, señorita, si son dos palabras que...

MANOLITA.—¡Fuera! *(Vuelve a cerrar la puerta, cogiéndole la mano a Eduardo al tratar de impedir que cierre.)*

EDUARDO.—¡Ay!... ¡La mano!... ¡Los dedos, que me coge usté los dedos!... ¡Ay!...

MANOLITA.—*(Abriendo.)* Pero vamos a ver, ¿qué es lo que se propone usted, caballero?

Música.

EDUARDO.

¡Ay, ay, ay!
¡Ay Dios mío, qué horror!
¡Ay, ay, ay!
¡Que me voy a morir de dolor!

MANOLITA.

Pues ¿qué fué?

EDUARDO.

Mire usté,
que al hacer que estuviera
la puerta abierta,
me he cogido los dedos
contra la puerta.

MANOLITA.

Pues por ser atrevido
me alegro tanto.

EDUARDO.

¿Se alegra usté de verme
bañado en llanto?
Por Dios, Manolita,
¡qué mal corazón!
Si tengo una mano
que da compasión.

MANOLITA.

¿A ver? ¡Pobrecillo!
¡Dios mío, es verdad,
y le sale sangre,
qué barbaridad!

EDUARDO.

¡Ay, ay, ay!

MANOLITA.

Y le sale sangre,
¡qué barbaridad!

EDUARDO.

Mire usté qué tarso
y qué metatarso;
mire usté qué dedo,
qué dedo pulgar.

MANOLITA.

No pase usté pena,
con un poco de árnica
lo del metatarso
le voy a curar.
Le pondré a usté un trapito
muy apretado,
y luego con un hilo
se lo ataré.

EDUARDO.

No sé cómo pagarle
tanto cuidado;
¡qué corazón tan bueno
que tiene usté!

MANOLITA.

¿Ve usté este trapito?
ahora se moja.

EDUARDO.

Es usté una individua
de la Cruz Roja.

MANOLITA.

Si le escuece no rabie
cuando lo aplique.
(Liándole el trapito.)

EDUARDO.

Tenga usté cuidadito
con el meñique.
Mi amor es tan grande
que aquí me ha empujado
para que yo caiga
rendido a sus pies.
Bendiciendo el día
en que yo, encantado,
la admiré en la calle
por primera vez.

MANOLITA.

No me hable de amores
que no he de creerle;
y puesto que al cabo
ya curado está,
abra usté esa puerta,
márchese y olvide
a esta pobre hermana
de la caridad.

EDUARDO.

¡Ay, ay, ay!; por Dios, Manolita,
tenga compasión. ¡Ay, ay, ay!

MANOLITA.

Váyase.

EDUARDO.

No puedo, ¡ay, ay, ay!
Por favor.

MANOLITA.

Este hombre es un peje
de marca mayor.

EDUARDO.

¡Ay, ay, ay!
Ya no voy a poder
ni tocar el tambor.

MANOLITA.

De marca mayor.

Hablado.

MANOLITA.—Pero ¿no quiere usté irse?
EDUARDO.—No, señora.
MANOLITA.—¡Qué poca vergüenza!
EDUARDO.—Manolita, fíjese usted. *(Poniéndole el dedo índice ante los ojos.)*
MANOLITA.—¿Qué es?
EDUARDO.—El tarso este que también le tengo resentido... Mire usted, no puedo hacer así. *(Mueve el dedo índice estirándole y encogiéndole.)*
MANOLITA.—Yo no encuentro más daño.
EDUARDO.—Busque usted por el índice.
MANOLITA.—Si éste no ha sufrido.
EDUARDO.—No. Pero el índice le dirá a usted que aquí está el daño mayor. *(Señalando el corazón.)*
MANOLITA.—Eso por la homeopatía.

EDUARDO.—Manolita, amor mío, permítame usted que la exprese... *(Intentando abrazarla.)*

MANOLITA.—Caballero, basta de atrevimientos, y no olvide usted que no estoy sola..., ¿eh?

EDUARDO.—¿Cómo que no?

MANOLITA.—Mi tío, que ha venido de Alcalá, está ahí dentro y vela por mí.

EDUARDO.—*(Aparte.)* Me ha dicho la portera que no crea lo del tío. *(Alto.)* ¿Y qué?

MANOLITA.—Que si le oye a usté y se levanta y sale... Fíjese usté. *(Señalando la estaca.)*

EDUARDO.—No me asusta. Dígale usted a su tío que con uno como ése me limpio yo los dientes todos los días.

MANOLITA.—¡No tiene miedo! ¡Me he perdido!

EDUARDO.—Cómo he de tener miedo, si yo, Manolita, sólo en usted pienso, por usted vivo, por usted tengo sed de amor, sed de esperanzas, sed de caricias, sed...

MANOLITA.—¡Hijo, por Dios, ni que hubiera usté comido bacalao!

EDUARDO.—Y como usted me diga que sí, el año que viene acabo la carrera, y con la protección de mi tío, con el que vivo, nos casaremos.

MANOLITA.—Es una idea.

EDUARDO.—Además tengo un destino en Correos.

MANOLITA.—¡Ah! ¿Pero está usté en la Central?

EDUARDO.—Sí, señora...; en el apartado... Allí puede usted venir a verme de una a siete... Allí, entre paquetes y pliegos, me paso la vida pensando que usted es...

MANOLITA.—¿Qué soy?

EDUARDO.—Una carta que envía amor a este mundo, con el sobre dirigido a mí, y en la que me anuncia la felicidad suprema. Usted trae mi dirección.

MANOLITA.—¿No estará equivocado el sobre?

EDUARDO.—No, Manolita; lo leo claramente en sus ojos. Señor don Eduardo González Macarrón. Pez...

MANOLITA.—Y gordo.

EDUARDO.—Pez, uno bis, segundo derecha interior.

MANOLITA.—Lee usté sin gafas, ¿eh?

EDUARDO.—Es que la dirección viene impresa, impresa en mi esperanza, vida mía. *(Intenta abrazarla.)*

MANOLITA.—¡Chis!, cuidado con el sobre *(Separándole.)*

EDUARDO.—Manolita, no se pierda usted.

MANOLITA.—No hay cuidado, voy certificada.

EDUARDO.—Digo que no se pierda usted horas de amor, que nunca se recuperan, y puesto que viene usted certificada, rompa usted el lacre, el lacre rojo de esos labios monísimos y entéreme yo pronto del contenido de esa epístola cuajada de caricias y promesas que me parece ya leer a través de ese papel fino y transparente.

MANOLITA.—¿Y si la carta no trajera más que expresiones para la familia? *(Sentándose.)*

EDUARDO.—¡No lo creo! Sé lo que dice. *(Queda en pie a su lado.)*

MANOLITA.—¡Embustero! ¿A ver?

EDUARDO.—Mi adorado Eduardo.

MANOLITA.—¿No puede ser menos?

EDUARDO.—Hemos nacido el uno para el otro..., punto...

MANOLITA.—¿Pero qué punto?

EDUARDO.—Juntemos nuestros destinos, colguemos nuestro nido de la rama más firme del árbol del amor y vivamos como dos pajaritos.

MANOLITA.—Punto y coma... Sin caernos del nido, ¿verdad?

EDUARDO.—Sin caernos nunca... Y cantando siempre, bendigamos a la fortuna que nos une, a la rama que nos sustenta, al cielo que nos alegra. *(Manolita, conmovida y suspirando, ha vuelto la cara.)* Vuelva usté la carilla...

MANOLITA.—No me da la gana.

EDUARDO.—Cantemos al amor y a la juventud el... ¿No se despertará su tío de usted? *(Picarescamente.)*

MANOLITA.—No, siga usted; le oigo roncar.

EDUARDO.—Cantemos al amor y a la juventud el himno de la felicidad con esa música que sólo saben las almas enamoradas... Y de usted afectísimo seguro servidor que besa su mano... *(Le besa la mano.)* ¡Cupido!

MANOLITA.—Posdata: Pamplinas pa los canarios.

EDUARDO.—¡Por Dios, Manolita, no destruya usted con la prosa!...

MANOLITA.—Basta, Eduardo; no quiero creerle a usté; váyase en paz y deje a esta pobre carta con el sobre en blanco para que Dios le ponga el destino que quiera.

EDUARDO.—Yo le juro...

MANOLITA.—Ustedes los hombres, esta clase de correspondencia hoy en día la escriben casi toda en papel comercial; y para usté, ¿qué negocio representaría una infeliz como yo?

EDUARDO.—Manolita, yo la escribo a usted en papel de barba porque no conozco otro más serio..., y pronto ha de convencerse usted de mi amor sin límites..., sincero, grande, volcánico... ¡Ah! Permita usted que... *(Quiere abrazarla.)*

MANOLITA.—¡Chis!... ¡Que se despierta mi tío!...

EDUARDO.—¿Y a mí qué me importa ese tío?... ¡Gloria de mi alma!...

MANOLITA.—¡Que es un tigre!...

EDUARDO.—¡Lo desollaré vivo! Permítame usted que la estreche contra mi corazón. *(Quiere abrazarla y ella huye.)*

MANOLITA.—¡Santo Dios!... ¡No! ¡Que llamo! *(Huyendo.)*

EDUARDO.—*(Persiguiéndola.)* ¡Mejor!... ¡Un beso..., un beso tan sólo!...

MANOLITA.—¡No, váyase usté! *(La alcanza Eduardo.)*

EDUARDO.—¡Vida mía! *(Quiere besarla.)*

MANOLITA.—*(Intentando desasirse.)* ¡Ay, no; no por Dios, caballero, no! *(Llamando a grandes voces.)* ¡Tío! ¡Tío!... ¡Socorro!... ¡Tío!

ESCENA X

DICHOS y DON DIEGO.

DON DIEGO.—*(Que sale de la segunda derecha.)* ¿Pero qué va a ser esto, hombre?. *(Una gran pausa, quedando Don Diego con los brazos cruzados. Después de ella se dirige a la percha y coge el garrote.)*

MANOLITA.—¡Ay..., ay..., ay! *(Al ver salir a Don Diego de la alcoba, retrocede espantada.)*

EDUARDO.—¡Santo Dios! *(Retrocede también espantado, con cara de terror.)*

DON DIEGO.—¡Muy bien, muy bien y muy requetebién!

MANOLITA.—¡Ay!; pe... pe... p e r o... ¿quién, quién es..., quién es usté?

DON DIEGO.—*(A Eduardo.)* ¿A usté le parece bonito lo que está usté haciendo con mi sobrina?

EDUARDO.—Pues..., pues... es... es...

MANOLITA.—¡Ay!...; pero ¿qué tío es éste?; ¿pero quién es usté?

DON DIEGO.—Dígale usté quién soy.

EDUARDO.—Pues..., pues es... ¡su tío!

MANOLITA.—¡Ca!...

DON DIEGO.—¡Créalo usted, señorita!

MANOLITA.—No; si no lo dudo...; ¡su tío!; pero que iba a decir, que ca... caballero, ¿cómo está usted aquí?

DON DIEGO.—¿A usted no le hacía falta un tío? ¿No he salido a tiempo?... Pues entonces no se meta usté en más averiguaciones, señorita... Yo he venido aquí por... por esa... *(Señalando maquinalmente a la ventana; los dos miran.)*, por esa casualidad providencial que a veces guía al hombre...; he entrado por la casualidad. *(Repite el mismo juego.)*

MANOLITA.—Sí, por la casualidad tiene que haber sido, porque lo demás estaba todo cerrado.

DON DIEGO.—Perdóneme usté el susto, señorita; pero... *(La coge de la mano y la baja al proscenio.)*

MANOLITA.—No; si yo es que como llamaba a mi tío y le he visto a usté salir..., he dicho: ¡qué plancha!

DON DIEGO.—¡Se me conoce!..., digo... no me hable usté de planchas. De manera que su tío de usted...

EDUARDO.—¡Quia! El tío de esta señorita es imaginario...; aquí no hay más tío que usted; esta señorita no tiene de tío más que ese sombrero y ese garrote.

MANOLITA.—¿Y quién se lo ha dicho a usté?

EDUARDO.—La portera.

MANOLITA.—¡Me ha vendido! ¡La corto el cuello!

DON DIEGO.—¡Por Dios, nada de violencias, señorita!

MANOLITA.—No; digo que la corto el cuello dos dedos más ancho. ¡Que se fastidie!... Pues sí, señor; mi tío es el tío de Alcalá, que ni es tío ni es na: una especie de espantapájaros. Vivo sola y necesitaba...

DON DIEGO.—¡Ya! Pues nada, todo puede arreglarse... Usted necesitaba un tío, ¿no es eso?

MANOLITA.—Sí, señor.

DON DIEGO.—Pues desde hoy tiene usted tío... *(Cariñosamente.)*

EDUARDO.—Y sobrino.

DON DIEGO.—Y cuente usted con mi mujer. Verá usted qué tía..., verá usted qué tía más cariñosa... De manera que yo os protejo y seréis felices.

EDUARDO.—¿Me quieres?

MANOLITA.—Pues no necesitas tú poco clara la letra para entenderla.

EDUARDO.—¡Vida mía!

DON DIEGO.—Sólo impongo una condición para protejeros...

LOS DOS.—¿Cuál?

DON DIEGO.—He entrado por esa ventana; pero no me preguntéis nunca de dónde venía.

MANOLITA.—Convenido.

EDUARDO.—*(A Manolita, aparte.)* De casa de la planchadora.

MANOLITA.—Yo le plancharé a usté las cami... ¡Ay! *(Eduardo le tira de la falda.)*

DON DIEGO.—Pero ¿tú sabes...?

MANOLITA.—No...; pero... de algún modo he de corresponder a las bondades de usté...

DON DIEGO.—En fin..., efectivamente se trata de una plancha, pero puesto que el caso ha sido providencial, sea ésta mi última y vuestra primera aventura. ¡A ser felices!...

MANOLITA.—*(Al público.)*

De tío sólo tenía
un garrote y un sombrero.
Envidiad la suerte mía,
puesto que terminó el día
con un tío verdadero.

(Música. Telón.)

FIN DE
«EL TÍO DE ALCALÁ»